

LA EDUCANDA.

PERIODICO DE SEÑORITAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. La Natividad de Jesus, por don A. Pirala.—La mejor de las flores [poesia], por don José Lopez de la Vega.—Leyendas Biblicas: José y sus hermanos, por doña Micaela de Silva.—Labores, por doña Joaquina G. Balmaseda.—La dicha del hombre honrado, por doña Camila Avilés.—Anécdota, por Carlota.—Una visita al Real Colegio de Ntra. Sra. de Loreto, por don Pedro de Vera.—GRABADOS: Yo soy José vuestro hermano.—Relojera—Narciso.

INSTRUCCION HISTÓRICA.

LA NATIVIDAD DE JESUS.



ESTOS dias no son de lecciones ni de consejos, aunque lo sean de enseñanza amena, de satisfaccion, porque nos traen á la mente uno de los acontecimientos mas gratos del universo, cuya celebracion corresponde en alto grado á la mujer y á los niños, por lo que de sus resultas ganaron.

El dia en que nació Jesus inició una época de ventura para la humanidad. En aquel dia se destruyeron los falsos ídolos, se derrocaron los altares profanos, y al paganismo material sucedió una religion espiritual, toda llena de bondad, de dulzura, de amor, de mansedumbre.

Hasta su origen lo fué, como queriendo santificar esas cualidades y la pobreza. Así que no pudo ser mas pobre la cuna del Rey de Reyes, del Salvador del mundo. Lo fué un pesebre, y un portal su palacio, pero mas glorioso que los mayores y mas suntuosos templos del Orbe, porque le rodeaba la radiante magestad de Dios, la gloria del celestial misterio que se efectuaba.

No anunciaba el estampido de los cañones aquel gran acontecimiento, ni los ecos de las músicas, pero resplandecía en el cielo una estrella, y era un ángel el mensajero de tan buena nueva. Entonces acudieron los pastores y las clases mas humildes del pueblo á llevar presentes al recién nacido y á adorarle, y los Reyes de Oriente le llevaron oro, incienso y mirra, y le adoraron tambien.

2.^a ÉPOCA.

Y aquel niño desnudo, al que solo daban calor el aliento de dos animales, y el ardiente amor de sus padres, tuvo á sus piés á todo un pueblo y á poderosos Reyes, anuncio verdadero de la soberanía que habia de ejercer por toda una eternidad.

Cuando todo estaba trastornado en la sociedad; cuando se habian perdido hasta las nociones de lo justo; cuando por todas partes se levantaban ídolos y altares, y á fuerza de tantos ya no se sabia cuales adorar, vino un niño á variar completamente la forma de la sociedad, sustituyendo á la fuerza la razon, al vicio la virtud, al paganismo el cristianismo. A la mujer la sacó del estado de abnegacion en que se hallaba, y la elevó hasta el hombre, haciendo que fuera su compañera y no su esclava, y á los niños dejó que se le acercasen, porque son el emblema de la inocencia. ¡Oh! la mujer y los niños no pueden menos de bendecir y celebrar tan gran dia, porque es el de su redencion, porque son los que mayor bien recibieron del cristianismo.

¿Y los pobres? De ellos es el reino de los cielos, dijo Jesus, porque sufriendo con paciencia en este mundo su adversidad y su infortunio, no podian menos de tener una recompensa que valiera mas que todas las riquezas de la tierra. Para ellos no habia antes porvenir, para ellos no habia caridad; porque el pan que les arrojaban los magnates era el pago de la escolta que les formaban, para ostentar que tenian muchos esclavos: era el pan de la humillacion, que no se distinguia de las migajas de un banquete arrojadas á los perros. ¡Cuánto cambió el cristianismo la suerte del pobre! Ya no es el esclavo envilecido, es el hermano en Jesucristo, es tambien el hijo de Dios y heredero de su gloria, es el hombre infeliz y desvalido.

La religion que nacia personificada en el niño de Belen, que destruía tantos abusos y tanta deprava-

cion, no podia menos de ser mirada con ceño por los que tenian interés en perpetuarlos; se declararon sus enemigos, y se propusieron esterminarla, llevando su saña hasta el punto increíble de querer matar al recién-nacido Dios. Huye éste con sus padres á Egipto, guiádoles un ángel, y solo así se libran de la muerte, que decretó el bárbaro Herodes; y porque no se salvara Jesus hizo matar á todos los niños, cuyo acto de la mas refinada crueldad se conmemora el dia de la Degollacion de los Inocentes. La pluma se resiste á trazar tan horrible cuadro, que se consumió de la manera mas inaudita.

Separemos de él la vista, y pensemos solo en el suceso que hoy celebra la Iglesia y todo el mundo cristiano, y las niñas á quienes nos dirigimos, bendigan hoy á las madres, que les inculcaron ó inculcan en su tierno corazon las sublimes máximas del Evangelio, las nociones del cristianismo, esa religion que predicando el amor al prójimo, quiere la fraternidad humana, que es el bello ideal de todas las utopias.

A. PIRALA.

LA MEJOR DE LAS FLORES.

Pura es la flor perfumada,
Que en el jardin de la vida,
Por el cielo acariciada,
Es de todos bendecida,
Y su belleza admirada.

Nadie en su cáliz hermoso
Derrama letal veneno;
Ni aun el sol esplendoroso
Puede marchitar su seno
Con su brillo poderoso.

Vive y muere sin perder
Su esplendente lozanía;
Y es en vano pretender
La dulzura corromper
De su púdica ambrosía.

Es un símbolo de amor,
Que enlaza á las criaturas,
Y es el néctar del dolor;
Pues la pureza es la flor
Que calma las desventuras.

JOSE LOPEZ DE LA VEGA.



LEYENDAS BÍBLICAS.

JOSÉ Y SUS HERMANOS.

El hambre se hacia ya sentir en la tierra de Canán; la numerosa familia de Israel se veia escasa de provisiones; fuerza era buscar en otro pais el grano que faltaba en la Judea. El Patriarca dispuso que sus diez hijos mayores partiesen á Egipto; mas en cuanto á Benjamin no quiso esponerle, temeroso de que le sucediera lo mismo que á José.

Los demás arribaron á Egipto, y allí se les dijo que sin autorizacion del Virey no se podian extraer los granos; juntos fueron á solicitar su venta, y no le reconocieron. Habíanle vendido cuando era un rubio adolescente, con el cutis rosado y fino como el de una mujer, y el que veian era un hombre gallardo, imponente y magestuoso, cuyas facciones curtidas por el sol, habian adquirido en dignidad y espersion varonil, cuanto en frescura y delicadeza perdido habian con los años. Además habíanle reducido á tan miserable condicion, que ni siquiera imaginaron que podria elevarse hasta la cumbre del poder, y lucir en su diestra el anillo de Pharaon.

Bien agenos de presumirlo, doblaron la rodilla en presencia del magnate, sin atreverse apenas á levantar los ojos, que por lo regular aquellos que se atreven á oprimir al débil y persiguen al desvalido, se acobardan ante los fuertes, y son los primeros que se humillan en presencia de los poderosos.

José pudo mas fácilmente reconocer á sus hermanos. El tiempo habia pasado de igual modo para los unos que para el otro; pero su edad no era la misma, y las facciones del hombre ya formado no varian como las del niño y el adolescente. Además, por el traje y el idioma inferíase cuál era su pais.

El Virey no se dió por entendido, antes disimulando su emocion preguntóles con aspereza.

—De qué tierra sois? y á qué venís á Egipto?

—Somos de la tierra de Canán, contestó Ruben, y venimos por orden de nuestro padre á comprar granos, pues no se hallan en nuestro pais, y el hambre nos amenaza.

—Sois todos hermanos, segun eso? dijo el Virey examinándolos atentamente.

—Sí señor, contestaron, y uno dijo: éramos doce, y el mas pequeño se ha quedado á cuidar de nuestro padre.

—Entonces, puesto que no sois mas que diez, qué habeis hecho del otro?

Esta pregunta hizo temblar á los israelitas, como tembló el primogénito de Adan cuando el Señor

le preguntó.—¿ Cain, qué has hecho de tu hermano?

Miráronse los unos á los otros, y el mayor respondió vacilando: —El otro... murió... hace tiempo.

—Os habeis turbado! exclamó el Virey arrugando el entrecejo, eso me prueba que sois espías y venís á espiar nuestras fortificaciones.

—No venimos á eso, protestaron los hebreos, nuestras intenciones son pacíficas, acudimos á pedir remedio, y no á causaros perjuicio.

—No, la conciencia os acusa, temblais, y eso me afirma en mi sospecha; voy á encerraros en la cárcel, y no saldreis hasta que se averigüe la verdad.

En efecto, allí fueron conducidos, y atados permanecieron tres dias.

—¡ Oh! exclamaban los israelitas, creyendo que nadie los escuchaba. Bien merecido tenemos esto, por haber sido tan crueles con nuestro pobrecito hermano José: despreciamos sus lágrimas y ruegos, y ahora el Señor nos castiga.

—Bien os decia yo que no le hicierais daño alguno! exclamó Ruben; no quisisteis obedecerme, y ahora la sangre de aquel inocente clamará contra nosotros! Vé ahí por que sufrimos tan grande tribulacion.

José, que los estaba escuchando, lloró al oírlo, y haciendo que los llevaran de nuevo á su presencia, les dijo:

—He resuelto que uno de vosotros se quede preso aquí, mientras los demas llevais el trigo á vuestro padre. Decidle que necesito ver á su hijo mas pequeño; por él sabré si me habeis dicho la verdad, y en ese caso no sufrireis daño alguno, porque yo temo á Dios; pero si no volveis con él, ¡ por vida de Pharaon! que sois espías, y como tales sereis tratados. Este, añadió señalando á Simeon, me responderá con su vida, y ¡ ay de vosotros si me habeis engañado!

Partieron los nueve bien provistos de víveres para el camino, llevando cada uno su parte de grano en los costales que cargaron sobre los jumentos. En el meson ocurrió que al abrir uno de los costales para dar un pienso á las caballerías, apareció el dinero que importaba el precio del grano contenido en di-

cho saco.—¿ Qué será esto? se preguntaron sorprendidos.

A su llegada contaron á Jacob todo cuanto les habia sucedido, lo cual puso en gran conflicto al amoroso padre.—¿ Por qué dijisteis al Virey que teniais aquí otro hermano? preguntaba en tono de reconvenccion dolorosa.

Mas ellos contestaron: —El Virey nos lo preguntó, y mal podíamos adivinar sus pensamientos.

Aun no habian concluido de hablar así, cuando uno de sus hijos vino á decirle muy sorprendido.—«En cada saco se ha encontrado escondido el dinero que importaba el grano.»

Esta noticia le puso en el mayor conflicto; era justo restituir aquella suma, pero ¿ cómo habian de partir sus hijos sin llevar á Benjamin? El Virey lo habia exigido, y no podian desobedecerle sin riesgo, ni librar á Simeon sin acreditar que no habian mentado.

—¡ Ay de mí, exclamaba, voy á quedarme sin hijos! José ya no existe, Simeon está preso, y ahora me quieren arrebatar á Benjamin.

Juráronle sus hermanos que se le devolverian. Ruben le

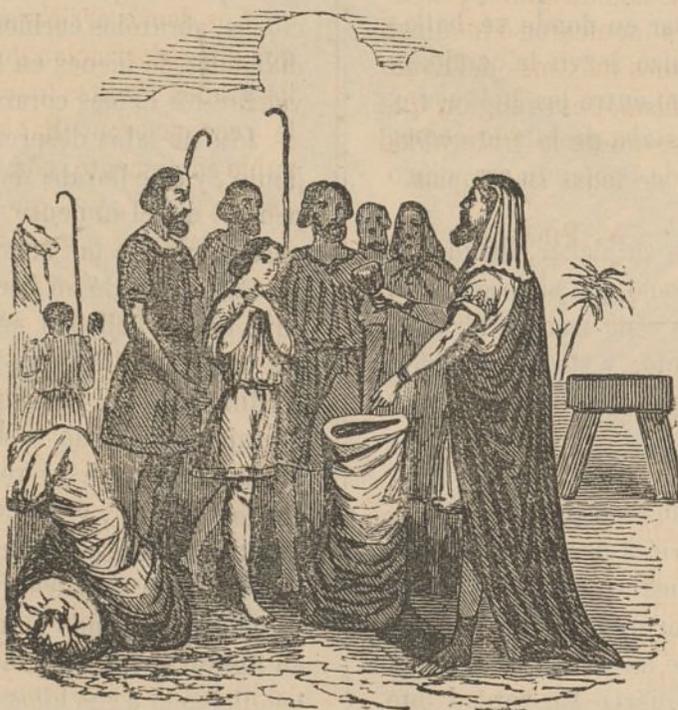
dijo, te dejo á mis dos hijos en prenda de mi palabra; paguen ellos, si no la cumplo. Estraño sea yo para tí, añadió Judá, si no te le devuelvo.

Vencido el anciano, dejó que Benjamin partiera, y mandó que de su parte llevasen al Virey en ofrenda los mas preciosos frutos de aquel suelo, como son la miel, el terebinto y la resina, el estoraque y las almendras. Dióles tambien la suma encontrada en los sacos, y otra duplicada para que trajesen mayor número de provisiones.

No describirémos el dolor de aquella despedida; Jacob al recomendar á sus hijos que velasen por su hermano, dijo:—Si no me le volveis sano y salvo, tened por seguro que moriré de dolor.

Apenas arribaron á Egipto acudieron á restituir la suma devuelta, protestando de su buena fé; pero el mayordomo les dió el dinero.—Vuestra es, porque yo dóila por recibida.

Hízolos llamar el Virey. Este habia encargado á



—Yo soy José vuestro hermano.

su intendente que preparase un festin para obsequiarlos.

—La paz sea con vosotros! exclamó el intendente al verlos entrar, y en seguida dispuso que les trajesen agua para lavarse los piés. Simeon, sacado de la cárcel, entró con ellos á las habitaciones del Virey.

José, que los aguardaba con ansia, preguntóles: ¿goza de salud vuestro padre? y sus miradas se fijaron ávidamente en el rostro espresivo de Benjamin, que respondió con dulcísimo acento:—Nuestro padre se halla bueno, y os envia estos presentes; aceptólos con agrado el Virey, y mirando á su hermano decia por lo bajo, ¡Dios le bendiga!

Tanta era su conmocion, que fuéle preciso salir á otra pieza y allí desahogarse llorando; despues se lavó el rostro, y volvió á entrar en donde se hallaban los israelitas, á quienes hizo servir la comida y los panes, que partió él mismo entre los hebreos y los egipcios; pues á estos les estaba prohibido comer juntos con aquellos. La parte de Benjamin era cinco veces mayor que las otras.

Despues que se regalaron á su placer, mandó el Virey que les dieran todo el grano que pidiesen, y en secreto dijo al mayordomo: en cada saco pondrás el dinero que importe su contenido, y sin que nadie lo perciba esconde mi copa de plata en el saco del mas jóven.

Hízolo así el mayordomo, y alegres emprendieron su camino hácia la tierra de Canáan.

Cuando el mayordomo volvió á decir á José que estaban cumplidas sus órdenes.—Vé, le dijo, y deten á los viajeros, díles ¿por qué volveis mal por bien? Habeis robado la copa de mi señor, él es quien lo ha notado, y vengo á reclamarla. En verdad que habeis cometido un crimen detestable.

Cumplió el siervo lo que le habia ordenado su señor, y espantados los israelitas, protestaban de su inocencia, diciendo:—Registradnos, y si parece la copa, muera el que aparezca reo del hurto, y los demas seremos esclavos de tu dueño.

—No, repuso el mayordomo, los que resulten inocentes iránse, pero el que parezca reo, esclavo mio será.

Procedióse al registro, y apareció la copa en el saco de Benjamin, con gran sorpresa del inocente, y consternacion de sus hermanos.

Juntos volvieron todos á presencia del Gobernador.—Señor, le dijeron, postrándose á sus piés, nuestro padre ya es muy anciano; ama con preferencia á nuestro hermano Benjamin; es el único que le queda de la mujer amada; nosotros tenemos otra madre; le costó mucho trabajo desprenderse de sus brazos; temia por él á causa de que otro hijo á quien amaba extraordinariamente, habiendo salido en busca nuestra no volvió, y nosotros le dijimos que le habia devorado una fiera; desde aquel día le llora sin

consuelo, y si ahora pierde á ese, de seguro morirá de dolor.

Preferimos la esclavitud á llevarle tan infausta nueva. Compadecéos, ya que no de nosotros, á lo menos de aquel venerable anciano.

—Yo he prometido velar por el muchacho, añadió Judá con noble resolucion; quede yo esclavo en lugar suyo, y devolved á mi padre su hijo amado.

José, conmovido hasta el fondo del alma, hizo seña de que le dejaran solo con los israelitas, y entonces rompiendo en sollozos, que se oyeron en toda la casa, exclamó arrojándose al cuello de Benjamin.—No me habeis reconocido? *Yo soy José vuestro hermano.*

Lejos de agobiar á los otros con duras reconvencciones, abrazólos cariñosamente uno por uno, colmándolos de bienes en lo sucesivo; así es como se vengán los nobles corazones.

José no sabia desprenderse de los brazos de Benjamin, y éste lloraba de júbilo al ver á su hermano, y pensar en el inmenso gozo que su padre sentiria cuando supiese tan fausto acontecimiento.

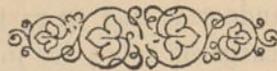
Este no tardó en hacerse público; toda la corte supo que se hallaban en ella los hermanos de José, y á porfia le felicitaban los cortesanos.

Informado el Rey, quiso verlos, y colmóles de agasajos, diciendo á José:—Que vayan estos en busca de tu padre, y venga toda la familia, establécela en Egipto, y nada les faltará en mi reino.

Renunciamos á describiros la entrevista deliciosa que tuvieron el padre y el hijo; esto puso el colmo á su gloria, honrando al autor de sus dias, que habitó en Egipto hasta que murió en los brazos de José, bendiciendo á sus hijos y nietos: el cádaver embalsamado fué conducido por aquellos á la tierra de Canáan, donde muchos años despues fueron llevados tambien los de José, que logró antes ver á sus tataranietos, pues duró su vida ciento diez años, y en toda ella no volvió á recordar la ofensa de sus hermanos, sino para favorecerlos y amarlos, aun mas que antes de inferírsela.

Imitémosle, perdonando á nuestros hermanos si tienen la desgracia de ofendernos. Amemos á nuestros enemigos, volvámosles bien por mal, y así habremos cumplido nuestro deber y asegurado nuestra salvacion eterna, pues Dios mismo es quien dijo:—«Bienaventurados los misericordiosos, pues ellos alcanzarán misericordia.»

MICAELA DE SILVA.

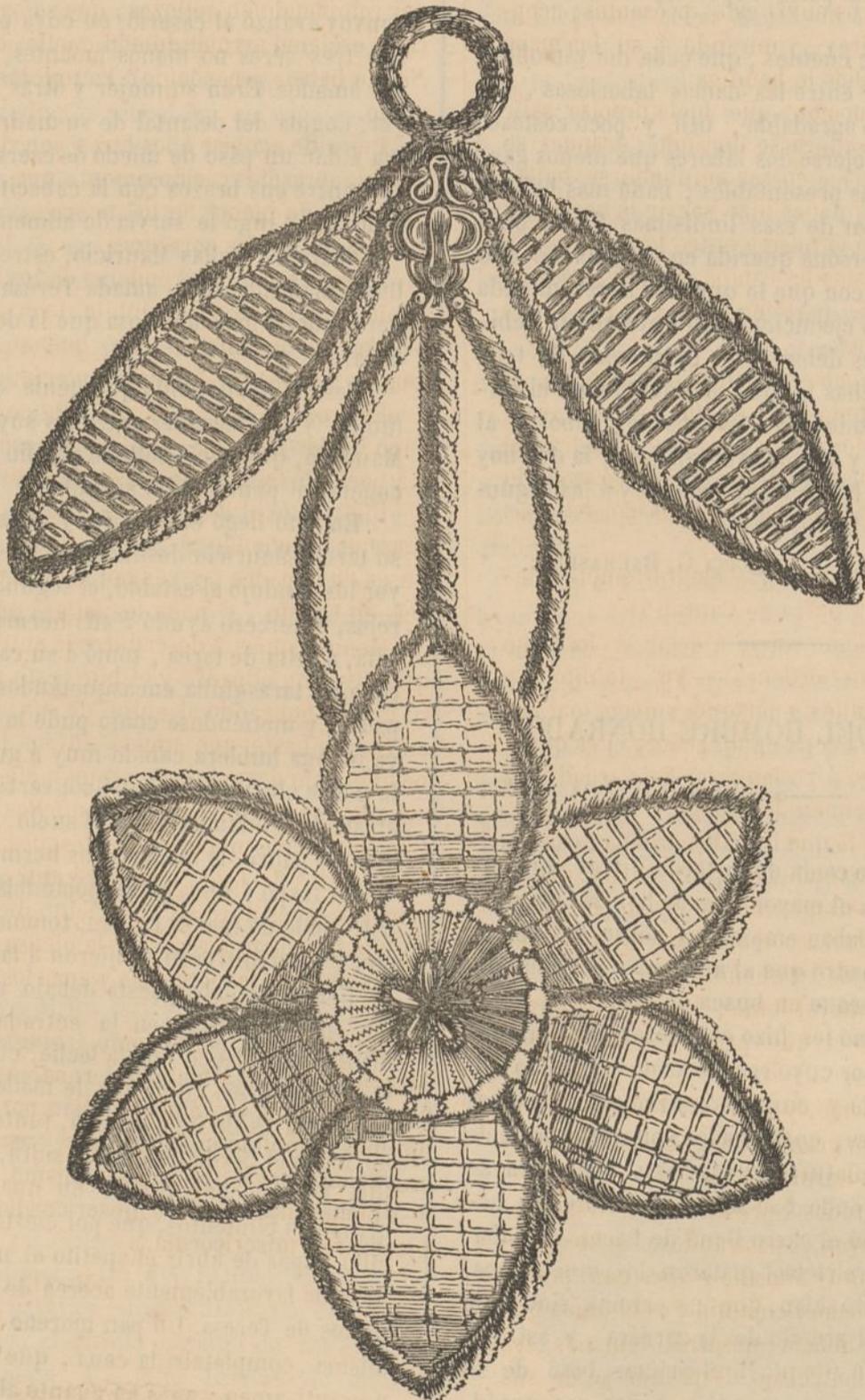


LABORES.

Relojera-Narciso.

El lindo grabado que acompaña representa una relojera, que imita con perfeccion la indicada flor,

Necesítase ante todo la armadura de alambre fuertecito forrada de papel de seda verde como el



ejecutada con felpilla alambrada blanca, verde de dos tonos, y cuentas gruesas de cristal de los tres colores.

que se emplea en los tallos de las flores, y toda ella se va vistiendo ó rodeando con la felpilla blanca para la flor, y de cada uno de los verdes para cada hoja.

El interior de los pétalos se rellena de cuentas blancas engarzadas en alambre fino, y las hojas con cuentas verdes por el mismo procedimiento. Nuestro modelo, de tamaño natural, muestra el sentido y número de las cuentas, así como el borde que descansa sobre el otro en la unión de los pétalos. El centro de la flor le ocupa un corazón ó cáliz de Narciso, que se compra ya hecho á propósito, y falta solo para completar la labor y poder utilizarla, fijar un gancho dorado en la parte superior, entre las dos hojas.

Estas labores de cuentas, que cada día van obteniendo mayor favor entre las damas laboriosas, son un entretenimiento agradable, útil y poco costoso. Apenas podrian escogerse dos labores que menos gasto exijan y sean mas presentables; nada mas bello y delicado que un par de esas lindísimas flores para ofrecerlas á una persona querida en el próximo año nuevo: sin contar con que lo que mas la recomienda es la facilidad de la ejecucion, pues aunque la habilidad en las labores debiera ser patrimonio de toda mujer, no son muchas las que la cuentan en el número de sus cualidades. Por fortuna hay labores al alcance de las mas y menos aventajadas, y la que hoy nos ocupa ofrece á las primeras recreo y á las segundas ocasion de quedar airosas.

JOAQUINA G. BALMASEEA.

LA DICHA DEL HOMBRE HONRADO.

Un sábado, á la caída de la tarde, tres muchachos, de los cuales el mayor apenas habria cumplido nueve años, se hallaban empinados sobre un cerro, aguardando á su padre que al amanecer se habia dirijido al monte cercano en busca de leña.

Un rumor lejano les hizo enderezar las miradas hácia el camino, por cuyo recodo asomó primero un hombre de gallardo y curioso continente; despues dos fornidos bueyes, engalanados con una especie de bosquecillo en miniatura, cuyas hojas á manera de penachos verdes, ondeaban sobre las retorcidas astas: detrás apareció el carro lleno de haces de leña.

—Padre! padre viene! gritaron los muchachos, corriendo con tanto afán, que no parecia sino que iban á disputar el premio de la carrera, y así era en realidad, y qué premio!! el primer beso de su padre!! Si ese premio es de valor, niñas, preguntádnoslo á los que ya hemos recibido el postrero!...

Aquella tarde, como todas, el vencedor fué su primogénito; los otros pobrecillos tenian las piernas mas cortas, y así rara vez conseguian apoderarse de

la vara para echársela de hombres guiando á los bueyes que, no sabemos si por miedo á que los arreasen los muchachos, ó por amorcillo al pesebre, lo cierto es que siempre al aproximarse al caserío apretaban el paso.

El labrador, despues de abrazar á sus hijos uno por uno, dejó al mayor la vara, y éste se puso al frente del carro con mas fachenda que un tambor mayor al frente de su banda; los otros dos seguíanle á manera de ayudantes, mientras Mauricio, dejando atrás el convoy avanzó al caserío, en cuya puerta le aguardaban tres séres no menos amantes, ni tampoco menos amados. Eran su mujer y otras dos hijas, la mayor, cogida del delantal de su madre, apenas se atrevia á dar un paso de miedo de caerse, y la otra sonreía entre sus brazos con la cabecita apoyada en el seno, cuyo jugo le servia de alimento.

Acercóse á ellas Mauricio, estrechó entre sus callosas manos la de su amada Teresa, menos blanca, pero mucho mas laboriosa que la de una bella cortesana.

Besó al mamoncillo que tenia en los brazos su mujer, y alzó despues entre los suyos á la pequeña Mauricia, que habia soltado por fin el delantal para cogerse al pantalón de su padre.

En esto llegó el convoy, y cada cual se aplicó á su tarea. Mauricio desunció los bueyes, el chico mayor los condujo al establo, el segundo recogió los aparejos, el tercero ayudó á sus hermanos, y la chiquitilla, á falta de tarea, tomó á su cargo la de convertirse en tarasquilla encasquetándose la boina de su padre, y metiéndose como pudo la chaqueta, en cuya manga hubiera cabido muy á gusto; de modo que la pobre chaqueta se halló convertida en sayo, que arastraba lindamente por el suelo. A vista de su facha, el padre, la madre y los hermanos, soltaron á la vez el trapo á reír, y despojándola de sus arreos, por miedo de que se cayera, tomola en brazos Mauricio, y en comitiva se dirijieron á la mesa.

Esta se hallaba puesta debajo de un emparrado que servia de toldo en la entrada del caserío; un mantel mas blanco que la leche, cubrialo escasamente; cinco ó seis cubiertos de madera, dos vasos de vidrio y tres de hoja de lata, junto con un jarro lleno hasta el borde de dorada sidra, componian la vajilla. El servicio consistia en una gran cazuela de arroz con pimientos, que por cierto despedia un olorillo capaz de abrir el apetito al mas desganado, y deponia favorablemente acerca de los talentos culinarios de Teresa. Un pan moreno y amasado por la misma, completaba la cena, que fué despachada en un santi-amen; pues en cuanto al buen apetito, toda la familia se las hubiera podido disputar con el mejor Tudesco.

Aquel honrado matrimonio y sus cinco hijos formaban el grupo mas interesante y animado que hu-

biera podido representar el graciosísimo pincel de Greuze.

Largo rato lo estuvo contemplando á larga distancia un caballero millonario que habitaba en el palacio del pueblo inmediato, adonde solia veranear.

Atraído por la risa del labrador, que no cesaba de aplaudir las gracias de sus hijos, saludóle diciendo: —Me pasma el veros de tan buen humor.

—Por qué decís eso? preguntó Mauricio asombrado. Tan natural le parecia el contento que rebo-saba de su nòble y sencillo corazon.

—Hombre! repuso el millonario, lo digo porque al veros tan cargado de familia, sin otros bienes de fortuna que los productos recogidos en este pobre suelo, que regais con el sudor de vuestra frente, á riesgo de ver malograda la cosecha, y tener que pagar la renta, sin recoger el fruto, ya por efecto de la sequía, ya por el de una granizada ó cosa tal; me parece que yo en vuestro lugar estaria siempre de mal humor.

—No lo creais, señor, exclamó el honrado casero; el hombre que pasa el dia trabajando como Dios manda, confia en su providencia, y cuando vuelve á su casa, y en ella encuentra el amor y los cuidados de una buena esposa; cuando vé á sus hijos robustos y contentos, bendice al Señor que se los ha dado, y goza de un placer que yo no cambiaria por todas las riquezas del mundo. Creedme, señor mio, en el santo amor de la familia consiste la dicha del hombre honrado.

CAMILA AVILÉS.

ANÉCDOTA.

La serenidad de espíritu es frecuentemente en los peligros la mas poderosa arma de defensa: de esta verdad es buena prueba el hecho siguiente.

La fama de la inagotable caridad del Baron de Monthyon (que, como es universalmente sabido inició en Francia los Premios á la virtud) atraia á su casa multitud de pretendientes, lloviendo sobre su mesa de escritorio peticiones, memoriales y recomendaciones sin número. Un dia recibió el Baron una carta sentida, patética: hablábasele en ella de una familia reducida al último extremo de miseria, á la desnudez completa, á la falta absoluta de todo recurso, de toda esperanza, y sumida en una buhardilla de uno de los mas pobres cuarteles de París; pero como no se pretendia sorprender de modo alguno la bondad del Baron, decia la carta con un to-

no de sinceridad interesante: —se le invitaba á juzgar por sí mismo de la realidad de aquella desgracia, indicando las señas de la miserable buhardilla.

El generoso Baron, que se complacia en visitar de incógnito á los infortunados, no dudó en corresponder á aquella invitacion: á la mañana siguiente, segun su costumbre, vistióse muy modestamente, y con el bolsillo bien repleto, se dirigió presuroso en primer lugar á la casa de aquella desgraciada familia, que tan vivamente habia conmovido su corazon. Llegado el señor Monthyon á la buhardilla indicada de muy siniestro aspecto, llama, abren la puerta bruscamente, y se encuentra frente á frente de tres hombres mal trazados y de fisonomía patibularia, repugnante: dos de ellos avanzaron á recibirle; mientras que el tercero, con la mano en la culata de una pistola que llevaba en el bolsillo del gabán, se dirigió á cerrar la retirada, colocándose delante de la puerta.

El Baron conoció en el momento que habia caido en un lazo, que se trataba de robarle, y de una ojeada comprendió su situacion: no se alteró por ello, conservó su serenidad, é inspirado por una idea repentina, sacó sencillamente de su bolsillo tres luises, y antes de que nadie le dirigiese la palabra, alargó las monedas al mas inmediato de los tres bribones, diciendo:

—Soy el administrador del señor baron de Monthyon, que está enfermo hoy, y no podrá venir hasta mañana: mientras tanto, me ha encargado de traer esta pequeña suma para socorreros por el momento: mañana vendrá el señor Baron, mi amo.

Y los ladrones, engañados por aquella seguridad, consideran aplazado el golpe, y dejan salir al falso administrador, despidiéndole cortesmente, en la esperanza de tener al dia siguiente al Baron mismo.

Momentos despues la policia se apoderó de aquellos tres miserables.

(Traduccion.)

CARLOTA.



Una visita al Real Colegio de Ntra. Sra. de Loreto.

Terminada la solemne novena de Ntra. Sra. de Loreto, en la que han oficiado al coro las señoritas Colegialas, hemos tenido el gusto de visitar la brillante exposicion de labores habida segun costumbre en los dias 19, 20 y 21 del corriente, y no hemos podido menos de admirar los adelantos mas lisonjeros en todos los ramos de la educacion de una jóven.

Fuera difícil tarea hacer una revista completa y minuciosa de los varios objetos expuestos al público, y nos debemos contentar consignando que todos y cada uno de ellos, lo mismo el magnífico pañuelo de batista primorosamente bordado con destino á la Serenísima Sra. Infanta doña Isabel, que el último paño, nada han dejado que desear á la escogida é inteligente concurrencia que se ha dignado examinarlos.

En la sala de dibujo se observaban en primer lugar los hábiles trabajos litográficos en papel y piedra de la señorita doña Cármen Alberti; los estudios completos de la señorita doña Emilia Aguilar, y los correctos principios, obra de la señorita doña Cármen Urramendi, así como abundantes muestras de escritura en carácter español é inglés sobre temas franceses.

Al despedirnos, despues de visitar las habitaciones espaciosas del Colegio y de admirar su buena distribucion, ventilacion y aseo, tuvimos el placer de oír en la seccion de música, el terceto del *Trovador*, cantado con toda espresion por las señoritas doña Manuela Baus, doña Julia Gosalves y señorita Alberti, así como dos lindísimas pastorelas por todas las señoritas educandas, en cuya ejecucion se notaba la afinacion y maestría de los coros, así como el asiduo trabajo que ha debido emplear el profesor de música señor D. José Casado, para imprimir en todas las partes la unidad, y en especial á las niñas de menor edad con sus pastoriles instrumentos.

Ya habíamos tenido ocasion de conocer esto mismo en todas las piezas cantadas durante la novena, y en las que ademas de las señoritas mencionadas, estuvieron brillantes en algunos duos las hermanas señoritas Urramendi.

Felicitamos de todas veras al actual administrador señor D. Marcelino Gomez de Serna, capellan de honor de S. M., por su celo, y le aplaudimos por haber tenido el buen gusto de fijar un traje blanco, sencillo y elegante, uniforme para los actos solemnes y públicos del Colegio, así como la acertada direccion de la señora doña Eugenia Lizana, el constante é inteligente trabajo de las dos profesoras, doña Francisca Gimenez y doña Ramona Galarza, y el buen

método del conocido señor Tomé, profesor de la clase de dibujo, y del señor Hernandez, de las de Escritura, Geografía é Historia, y auguramos para un establecimiento tan bien dirigido prosperidad y crecimiento, mucho mas cuando sabemos se recibe en el mismo una instruccion profunda, moral y religiosa, necesaria hoy mas que nunca á la mujer, y adecuada á la posicion que un dia debe ocupar en el seno de la familia y en medio de la sociedad, contribuyendo á ello con su clara esplicacion y buen método de enseñanza el distinguido sacerdote señor D. Mariano Puyol y Anglada.

PEDRO DE VERA.

CONSEJOS Á LAS MADRES.

En el mundo las mujeres están mucho mas expuestas que los hombres; tened esto presente educando á vuestras hijas, y grabad en su entendimiento y en su corazon estos escelentes consejos de una distinguida escritora.

«Cuando tú seas madre, dice á su hija, no ofrezcas á los ojos de tus hijos sino buenos ejemplos; que tus conversaciones no versen sobre los adornos y compostura; espulsa de tu compañía todas las personas charlatanas que corrompen la mayor parte de nuestras sociedades; reemplázalas con un pequeño número de personas escogidas, ó por los amigos que nunca engañan (los buenos libros), de los cuales podrás sacar útiles preceptos. Aprovecha todos tus momentos, adorna tu inteligencia y cultiva tu juicio para que puedas ser el guia ilustrado de tu hijo. Que la religion sea la base de su educacion; que su primer pensamiento sea dar gracias á Dios por haberle dado tan buena madre.»

Toda jóven cuya madre ha sabido llegar á ser su única confidente, nada tiene que temer en la sociedad; pero, debo decirlo, éste papel de confianza es muy difícil para una madre, porque exige imperiosamente mucho amor, bondad é inteligencia para su hija, y sobre todo, el mas esquisito y delicado tacto.



Por lo no firmado

El Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. LEON MORAN.

MADRID.—1864.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.